

La cultura física en la integración de mujeres a las fuerzas de seguridad: un estudio de la Prefectura Naval Argentina

The Physical Culture in the Integration of Women to the Security Forces: An Study of the Argentine Naval Prefecture

SABRINA CALANDRÓN

IdIHCS-CONICET/UNLP, Argentina

sabrinacalandron@gmail.com

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-8758-8972>

Abstract: The Argentine Naval Prefecture is a security force of national character whose main mission is safety in the navigable waters and the coast of the country. In the year 2000 this force incorporated women into its training institutes for the first time in more than 200 years of existence, and in 2003 women entered the National School of Rescue and Diving, a special division characterized by the training and the risk maneuvers for rescue in the water. From different perspectives, men and women assume that the skills and physical care of female comrades are key to professionalizing and empowering themselves in overseas tasks. This article shows the muscular and sporty values, as a bridge for the valorization of women in an elite police division.

Keywords: Security Forces; Policewomen; Body; Sport; Gender; Argentina.

Resumen: La Prefectura Naval Argentina es una fuerza de seguridad de carácter nacional cuya misión principal es la seguridad en aguas navegables y costas del país. En el año 2000 esta fuerza incorporó mujeres por primera vez en sus más de 200 años de existencia, y en el 2003 ingresaron a la Escuela Nacional Superior de Salvamento y Buceo, una división especial caracterizada por el entrenamiento y las maniobras de riesgo para el rescate en las aguas. Desde diferentes perspectivas, varones y mujeres suponen que las destrezas y cuidados físicos de las camaradas mujeres son clave para profesionalizarse y empoderarse en las tareas de ultramar. Este artículo

muestra el valor muscular y deportivo como puente para la valorización de las mujeres en una división policial de élite.

Palabras clave: Fuerza de Seguridad; Mujeres Policías; Cuerpo; Deporte; Género; Argentina.

INTRODUCCIÓN

Sabiendo que la integración de mujeres a las fuerzas policiales fue tardía, sinuosa y conflictiva en distintos lugares alrededor del mundo, poco nos costará imaginar cuánto más difícil fue ese proceso en los cuerpos especiales de las policías argentinas. Los agrupamientos especializados policiales son divisiones poseedoras de un entrenamiento específico y constante de alto nivel. Están preparadas para intervenir en situaciones visiblemente críticas en las que los cuerpos policiales regulares se ven sobrepasados. La resistencia física, la fuerza muscular y la precisión táctica de sus integrantes son las marcas de estos grupos que, orgullosos de ellas, las utilizan para distinguirse de las policías convencionales. Si este es el marco, ¿qué es lo que tienen que hacer allí las mujeres, concebidas socialmente como más débiles, pequeñas, indefensas y emotivas que sus colegas varones?

La pregunta ordenadora de este artículo y orientadora de la investigación que lo sostiene apunta a los modos en que las mujeres se integran a los cuerpos policiales especiales. Acotándolo histórica y espacialmente, en estas páginas veremos cómo se valoriza y moldea el cuerpo de las mujeres suboficiales y oficiales de la Prefectura Naval Argentina (PNA) a fin de sumarse, establecerse y crecer profesionalmente en el Servicio de Salvamento, Incendio y Protección Ambiental. Esta investigación explora los parámetros corporales, las potencialidades físicas y las voluntades para moldear sus cuerpos que les permiten a las mujeres no solo ingresar sino mantenerse y crecer en este particular servicio.

En ocasiones anteriores, distintos estudios de las ciencias sociales analizaron el proceso de ingreso e integración de mujeres a las policías latinoamericanas. Los resultados de las exploraciones empíricas dan cuenta de tonos e inclinaciones diferentes según el momento histórico, la institución o la instancia de la carrera policial en la que se encontraban las mujeres. La maternidad y feminización asexuada fueron las marcas del ingreso de las primeras oficiales a la Policía de la Provincia de Buenos Aires a finales de la década de 1940 (Galeano y Calandrón 2013); la emotividad y sensibilización hacia la violencia de género despuntó como cualidad de las policías mujeres de la misma fuerza hacia mediados de la década de 1990 (Calandrón 2010) y se volvió útil para construir trayectorias policiales específicas y valoradas; la masculinización verbal y gestual fue hallada como forma de negociación y expresividad en las instancias de ingreso en aras de la constitución del sujeto policial (Sirimarcó 2009). En países cercanos, como México, algunos estudios mostraron que la aceptación de lugares relegados y tareas administrativas constituía casi la única opción para mantenerse dentro de la fuerza (Arteaga Botello 2000) o, como en Brasil, que la imagen femenina fue revalorizada

en tanto símbolo de la democratización de la policía (Musumeci Soares y Musumeci 2005) especialmente luego de los golpes militares de la segunda parte del siglo xx. El presente trabajo viene a sumar a este mapa explicativo del ingreso y el establecimiento de las mujeres policías en distintos países de América Latina, bajo la particular circunstancia de abordar aquí un cuerpo policial especializado.

La noción de un cuerpo especializado suele estar asociada, en el sentido común, a los grupos de asalto táctico. Equipos como el SWAT de Los Ángeles, el Grupo Alfa francés o las Cigüeñas Negras de Pakistán tienen fama mundial por sus intervenciones de alto riesgo y, principalmente, por el éxito de las mismas. A nivel nacional, el GEOF de la Policía Federal Argentina, el Grupo Albatros de la Prefectura Naval Argentina o el Grupo Halcón de la Policía de la Provincia de Buenos Aires son los que realizan intervenciones de asalto táctico. El Servicio de Salvamento, Incendio y Protección Ambiental no es, en términos estrictos, un comando de operaciones especiales como los anteriormente mencionados. Es un servicio de la Prefectura que, para su ejercicio, requiere de una formación específica y un entrenamiento constante. Se trata de una función especial en la medida en que discurre de la formación y las tareas convencionales de la fuerza y, en función de ello, su personal cuenta con una capacitación adicional que –por otro lado– es retribuida salarialmente.

Accidentes acuáticos, barcos pesqueros atrapados por tormentas o infelizmente hundidos, derrames de petróleo u otras sustancias químicas requieren del socorro del Servicio de Salvamento, Incendio y Protección Ambiental. Su personal está capacitado para bucear, hacer nado de rescate o intervenir como bombero en el control de incendios o materiales peligrosos. Este servicio, creado en el año 1953 por el Decreto 10.749 del Poder Ejecutivo Nacional, recibe mujeres desde el 2003, cuando ingresó a la Escuela Superior Nacional de Buceo el primer grupo de cinco marineras. La inclusión de ese grupo de mujeres se realizó en el marco de la eliminación de la restricción para el ingreso de mujeres a los Institutos de Formación de la Prefectura Naval Argentina en el año 2000. Hasta ese momento, a excepción de una experiencia fugaz impulsada por el gobierno peronista en el año 1953, el personal policial de la Prefectura había estado compuesto enteramente por varones.

Los datos empíricos de los que parte el análisis acerca del trabajo y el perfeccionamiento del cuerpo de las mujeres para la integración a este servicio especial policial se elaboraron en el marco de un trabajo de campo etnográfico. Las observaciones de las tareas cotidianas del servicio y las entrevistas a mujeres y varones que forman parte de él, técnicas principales utilizadas, se realizaron entre los meses de abril y junio de 2017. Durante ese tiempo visité semanalmente el Servicio de Salvamento, Incendio y Protección Ambiental ubicado en la Dársena F del Puerto de Buenos Aires. En esas ocasiones presencié interacciones entre sus integrantes, realicé entrevistas informales, compartí almuerzos y desayunos, visité las embarcaciones asignadas al servicio (guardacostas *Tango*, buque *Grúa* y guardacostas *Tonina*) y recorrí espacios sembrados de materiales, trajes y móviles utilizados a diario para las tareas de rescate. La intención inicial, como todo trabajo de campo, fue comprender las lógicas de la tarea del servi-

cio en los términos nativos, comprender el lenguaje y hallarme entre sus herramientas de trabajo. En las conversaciones, intenté profundizar en el sentido del ingreso y presencia de mujeres allí, el modo en que su llegada cambió —si lo hizo— la dinámica del trabajo y las maneras en las que ellas se adaptaron, desearon y se establecieron en este trabajo.

El aporte principal de este escrito es el sentido del cuerpo en tanto facilitador y en tanto obstáculo, al mismo tiempo, de la integración de mujeres al servicio especial de la PNA. Esta tensión atraviesa las expectativas y estrategias de las mujeres ingresantes para ubicarse en lugares de interés personal o de trascendencia organizacional, en los métodos de conducción de los varones con grados superiores, en el cuidado y la reserva de tradiciones institucionales y en la distinción de generaciones.¹ El cruce entre el valor y las disposiciones corporales y la profesionalización en el uso de la fuerza legítimamente conferida por el Estado es el área de debates en la que se instala este trabajo y con la que pretende dialogar. En el despliegue de argumentos notaremos que no es posible comprender los cambios e incidencias en estos aspectos de la vida de las mujeres sin contextualizarlos en los debates más amplios acerca de los derechos femeninos respecto del mundo del trabajo, la autonomía económica, la planificación familiar y el acceso a la educación.

LA LLEGADA DE MUJERES A LA PREFECTURA NAVAL ARGENTINA

El 2 de mayo del año 2000 comenzó el primer curso de convocatoria abierta y programada, con una instrucción específica, que aspiraba a la formación de mujeres y su integración a la Prefectura Naval Argentina. Se trataba del curso para marineros, grado jerárquico inicial dentro del ordenamiento de Prefectura. Su denominación es, reglamentariamente, en masculino, y así lo utilizan los miembros de la institución aun cuando se refieren a mujeres.² Este es un curso inicial para el ingreso formal a la PNA que habilita para trabajar como personal sin especialización, en tareas genéricas, y para aplicar a cursos, capacitaciones y especializaciones posteriores.

El primer Curso de Marineros del Cuerpo Complementario —Escalafón Seguridad Femenino— se realizó en el polo Educativo Olivos, donde se encontraba la Escuela Superior. Esto le dio a ese ingreso un halo de distinción en la medida en que los cursos habituales para marineros (varones) se llevaban a cabo en el predio de los Institutos de Formación ubicado en la localidad de Zárate. Hasta el año 2000 todos los ingresantes a ese predio cumplían con la condición sexual que establecía la Prefectura: ser, y expresar ser, varones.

¹ Utilizamos la idea de las generaciones no en tanto hecho material de coincidencia en la edad biológica sino en el sentido cultural (Mannheim 1952).

² Ley General de la Prefectura Naval Argentina N° 18398, sancionada el 10/10/1969 y publicada en el *Boletín Oficial* 8/10/1969, y sus sucesivas modificaciones.

El curso de marineras –nos permitimos aquí la disidencia verbal– era parte de un programa que continuaría con el acceso a la formación de mujeres en las demás jerarquías. Las marineras egresaron el 26 de octubre del año 2000, con un acto en el que se entregaron las insignias, premio al mejor promedio y un recuerdo heráldico del círculo de suboficiales a la mejor compañera. Pocos días más tarde, en el mes de noviembre de ese mismo año, las marineras se integraron a las tareas operativas en la unidad de Puerto Madero, un sitio de relevancia en el mapa operativo de la institución. Puerto Madero es un espacio geográfico de visibilidad mediática, donde transitan personas de alto poder adquisitivo, contiene circuitos del mundo de los negocios y las finanzas y es, también, una especie de escaparate de la ciudad para el turismo internacional. Patricia, una de las egresadas de aquel curso, recordaba –en una entrevista– haberlo tomado como una “oportunidad”³ para lograr objetivos mayores. Esta narrativa teleológica no es inusual entre integrantes de las fuerzas de seguridad que, a menudo, declaran ver su profesión como un peldaño en una escalera destinada hacia un lugar mejor. Muchas veces ese relato funciona como expectativa futura y regulación de las prácticas (en la lógica sería así: lograr x para luego hacer z), otras, como en el caso de Patricia, para darle sentido a su trayectoria anterior y ponderar cargos u objetivos conseguidos más tarde. Ella confiesa que en el año 2000 poco sabía de la Prefectura y poco de sus responsabilidades operativas, pero como muchas otras aspirantes, su inclinación por la Prefectura fue por la búsqueda de contacto con “el mar”. Esta conexión con el agua o lo marítimo distingue, en buena parte de las entrevistas que realicé, la elección de esta fuerza policial de las demás. En ese abanico de posibilidades, es común que asocien a la Policía Federal, las policías provinciales y municipales con el trabajo urbano y de vigilancia callejera. Y a la Gendarmería Nacional Argentina con puestos de vigilancia de frontera y patrullaje en zonas rurales.

Pocos meses más tarde de ese primer egreso de marineras, otras jóvenes fueron recibidas en la Escuela de Oficiales General Matías de Irigoyen y en la Escuela de Suboficiales Coronel Martín Jacobo Thompson. Ahora sí, era la entrada de mujeres al predio histórico de Prefectura situado a orillas del río Paraná. Las escuelas se encuentran en ese lugar desde el año 1971 y la cercanía con el río les significa una ventaja particular –dado que varias prácticas formativas se realizan en el agua y las dársenas– y la reafirmación del símbolo identitario orientado al agua y la navegación. Lo que comenzaba en febrero del año 2001 eran dos cursos para mujeres y varones de forma conjunta, con iguales tiempos, evaluaciones, clases y requisitos de ingreso. La excepción a dicha igualdad son los exámenes físicos del ingreso donde profesores e instructores establecieron una cantidad menor de repeticiones y tiempo de resistencia para las mujeres. Un detalle para nada menor es que esta formación era el ingreso al Cuerpo General. A él pertenecen los y las agentes responsables de tareas específicas de Prefectura y con

³ A lo largo de este escrito se utilizan las comillas para indicar citas textuales de entrevistas o bibliografía de referencia. En el primer tipo de uso se hace referencia a quién o en qué contexto lo dijo.

estado policial. El Cuerpo Complementario, en cambio, es el que se encarga de tareas administrativas o de intendencia.

La formación de oficiales de la PNA consta de tres años. En ellos los y las cadetes viven toda la semana adentro del predio de la Escuela. Los fines de semana, salvo si están a cargo de guardias o en cumplimiento de sanciones, tienen la opción de salir y hospedarse fuera del predio. Quienes prefieren quedarse deben dar aviso a las autoridades de la Escuela para, entre otras cosas, organizar las comidas e integrarlos a las actividades cotidianas. En cambio, si la preferencia es salir, el inicio del fin de semana se marca con un acto colectivo el viernes a las 18 horas cuando parten de los edificios y finaliza con el reingreso cada domingo por la noche. Durante los tres años reciben un estipendio mensual en forma de beca que desde 2017 equivale a dos unidades de salario mínimo vital y móvil. Además de recibirse con el grado de Oficial Ayudante, obtienen la Licenciatura en Seguridad al año siguiente, luego de la entrega y aprobación de un trabajo final de investigación.

A diferencia de la oficialidad, la formación como suboficiales es de dos años, también con régimen de internado. Luego de ese tiempo como aspirantes, y mediante la aprobación de todas las materias, consiguen la titulación como suboficial en el grado jerárquico de cabo segundo. En simultáneo con esto, pero que se extiende alrededor de un año más, realizan la Tecnicatura en Seguridad. Para esta titulación académica realizan un trabajo final al año siguiente de haber egresado de la Escuela, mientras ya se encuentran desempeñándose en las unidades operativas.

Durante el trabajo de campo conversé con Analía, una oficial integrante de la primera promoción de cadetes mujeres, que recordó el primer año de la Escuela trayendo a la memoria también las bromas de las que eran objeto sus compañeros varones a causa de la presencia de mujeres en su cohorte. Era vista, por sus camaradas, como una compañía “debilitada o contaminada” por las mujeres. Este proceso simbólico por el cual las mujeres son cargadas de un mal contaminante no es exclusivo de la Escuela de Prefectura. Al contrario, es una estrategia de sentido que a menudo se refleja en diferentes comunidades contemporáneas y pasadas, cercanas y lejanas. Margaret Mead (2006), por ejemplo, describió ya en la década de 1930, cómo los arapesh de las montañas disponían los “malos lugares” de la aldea para las chozas de mujeres que menstruaban, cuya sangre ponía en peligro a la población y los alimentos. Asimismo, abunda la información acerca de la segregación de mujeres en las instancias de transición colectiva de los varones desde la niñez o juventud hacia la vida adulta. Turner (1999) muestra el sigilo en la exclusión o limitación de las mujeres en el Mukanda de la tribu africana ndembu, realizado y orientado enteramente por varones. Las promociones que ingresaron en los años 1999 y 2000, compuesta únicamente por varones, utilizaban esta segregación de género como un valor en sí mismo asociándolo con la fortaleza y la autenticidad. La mixtura, iniciada en el 2001, era señalada como la pérdida de valores originales y de la pureza masculino-prefecturiana. Asociar la contaminación, el contagio, con el procedimiento simbólico de descalificación tampoco es un invento de los cadetes y aspirantes a prefectos. Al contrario, es una estrategia ampliamente di-

fundida que tiene por detrás una jerarquización moralizadora. De esa primera cohorte egresaron diez de las veinticinco mujeres que habían hecho el ingreso tres años antes.

La calificación de la relación entre compañeros/as era calificada por Analía como de “camaradería e igualdad”. Un oficial de la misma promoción decía, en una entrevista, haber “naturalizado” la convivencia con mujeres tanto como sus colegas de años anteriores habían naturalizado la homosociabilidad masculina. No tenía, según él, otra experiencia para comparar: “entramos a un curso de mujeres y varones, eso no se ponía en discusión, no nos parecía raro. Era natural”.

Este mismo oficial narra anécdotas mostrando cómo las reacciones más patentes al ingreso de mujeres venían “de afuera”. Los torneos interfuerzas eran ejemplo de ello. Estos torneos son eventos deportivos anuales en el que cadetes y aspirantes de diferentes fuerzas policiales y de seguridad compiten en variadas disciplinas. En los años en que Martín compitió, la presencia de mujeres en la Prefectura constituía un eje de descalificaciones por parte de participantes de la Gendarmería que, en ese momento, mantenía un ingreso restrictivo a las mujeres. Las arengas y alientos a los equipos de Gendarmería, recuerdan, era con el uso de consignas machistas. En esas proclamas recalcaban la *pureza* masculina de la Gendarmería en contra de la *invasión* femenina en la Prefectura. Martín sonríe y dice que finalmente ese supuesto privilegio les duró poco a los gendarmes.⁴

En el marco de una entrevista, Analía comparaba su ingreso con el antecesor al que llamaba “el del peronismo”. Ese proceso de ingreso de mujeres a la Prefectura había quedado alejado en el tiempo, pero cercano en términos simbólicos y emblemáticos. Decía “yo soy de la primera promoción después de la del peronismo”. Aquel se trataba, sin dudas, de un procedimiento de ingreso completamente diferente al actual. En principio, el ocurrido a inicios de la década de 1950 había sido estado limitado a nueve mujeres con el grado de marineros para la sección de investigaciones, cinco mujeres con el grado de oficiales ayudantes que se integraron al Cuerpo Auxiliar y un puñado de telefonistas y oficinistas que fueron asimiladas al escalafón subalterno (no contamos con el número exacto de las que fueron reubicadas). El ingreso de mujeres en el año 2000 se debió a la eliminación de restricciones dentro de los mismos canales institucionales que habilitan, forman y uniforman la incorporación de los varones. En lugar de generarse un dispositivo alternativo para integrar mujeres al personal de Prefectura, se modificó el dispositivo principal. Esta diferencia de base involucra un abanico de distinciones entre ambos procesos históricos.

La derogación de la prohibición del ingreso de las mujeres ocurrida en el año 2000 fue un evento político relevante para autoridades de la Prefectura y funcionarios públicos. Patricia, suboficial de la primera cohorte de ese año, entendía que esta innovación política venía de la mano del debate público más general acerca de la ley de cupos femeninos. Si bien no hay registros claros sobre cambios legislativos en esos años, sí hubo

⁴ En el año 2007 ingresó la primera cohorte de mujeres a la Escuela de Oficiales la Gendarmería Nacional Argentina y en el 2005, a la formación como suboficiales.

una importante discusión pública que puso el acento en el alcance de la ley de cupos en la representación política. Sancionada años antes, esta ley era rediscutida en los medios de comunicación a raíz de denuncias de militantes contra los partidos políticos por colocar mujeres en las listas, pero en lugares que quedaban fuera de las posibilidades de elegibilidad efectiva.⁵

Si bien no logramos encontrar una relación directa y explícita entre ambos procesos, es interesante notar que para las primeras oficiales y suboficiales de la década del 2000 tal conexión existía. Esa referencia nos muestra que adentro de la fuerza este cambio se asocia con un clima general de época impulsado desde las más altas esferas del Estado. En consonancia con esta idea, también destacaban la voluntad institucional de Prefectura por la modernización que –por ejemplo– hasta allí no todas las fuerzas de seguridad tenían o demostraban. De hecho, Gendarmería aparece, en esta reconstrucción del pasado más o menos reciente, como un sujeto colectivo visiblemente conservador: los gendarmes se oponían a un cambio que no solo era ineludible, sino también necesario.

LA ESPECIALIDAD: LA DIVISIÓN DE SALVAMENTO Y BUCEO

Actualmente a la PNA la integran 20.000 personas. De ellas, 2.000 son mujeres y 18.000 varones. Casi como a los diez, los números se repiten: del total, 18.000 son suboficiales y 2.000 son oficiales. De esta cifra de oficiales, 469 son mujeres. Su distribución, por grados jerárquicos, es la siguiente: 113 oficiales ayudantes, 42 oficiales auxiliares, 205 oficiales principales y 109 subprefectas.⁶ Este último grado jerárquico es el máximo que, por el momento, alcanzaron las mujeres. Para tener una idea, por encima del grado de Subprefecto se encuentran los cuatro grados correspondientes a prefecto (prefecto, prefecto principal, prefecto mayor y prefecto general). En el Servicio de Salvamento, Incendio y Protección Ambiental trabajan tres oficiales mujeres y otras cinco o seis suboficiales. La mañana que pregunté la cantidad exacta de mujeres en el servicio, el jefe de operaciones me miró desorientado: ¿para qué querría saber eso? Las contó en voz alta y, aunque dudó de su propia cuenta, me transmitió la seguridad de que, en 17 años de presencia de mujeres, las que llegan a este recóndito lugar son pocas y no será fácil que esto cambie en el corto plazo.

El Servicio de Salvamento, Incendio y Protección Ambiental es uno de los ocho servicios con los que cuenta la Prefectura Naval Argentina: Servicios de Buques Guardacostas, Servicio de Aviación, Servicio de Practicaje, Pilotaje y Baquía, Servicio Reli-

⁵ Véase, por ejemplo, el informe realizado por el Equipo Latinoamericano de Justicia y Género (2011), donde se detalla el caso Merciadri de Morini en relación a la presentación de la lista de UCR en Córdoba en el año 1993.

⁶ Datos correspondientes al año 2017 provenientes del Centro Integral de Género de la Prefectura Naval Argentina.

gioso, Agrupación Albatros, Agrupación Guardacostas e Inteligencia Criminal. Estos servicios tienen asiento físico en diferentes lugares del país y disponen de un organigrama propio de funcionamiento acoplado a la Dirección General de Seguridad dependiente del Prefecto Nacional Naval. La PNA, según indica su Ley General, “actúa en mares, ríos, lagos, canales y demás aguas navegables destinadas al tránsito y comercio interjurisdiccional y los puertos sometidos a jurisdicción nacional; en la Antártida Argentina; las islas Malvinas y demás islas del Atlántico Sur, en las costas y playas marítimas y fluviales; en las Zonas de Seguridad de Frontera Marítima y en las márgenes de los ríos navegables”.⁷ Le corresponde actuar, según esa misma ley, sobre los buques que se encuentren en aguas jurisdiccionales y, en caso de ser de bandera argentina, siempre que se hallen en mar libre o en puertos extranjeros. Otras tareas de relevancia a cargo de la PNA son la policía de seguridad de la navegación y el ejercicio de la jurisdicción administrativa de la navegación.

Para poner en ejecución estas responsabilidades, la Prefectura se organiza operacional y administrativamente fraccionando toda su jurisdicción en diez Prefecturas de Zona.⁸ Si bien el Servicio de Salvamento, Incendio y Protección Ambiental se encuentra centralizado en la Dársena F del Puerto de Buenos Aires, también existen Estaciones SIPA (Salvamento, Incendio y Protección Ambiental) distribuidas a lo largo del país. En todos los casos son equipos mínimos necesarios de personal entrenado en esta especialidad. El único centro de entrenamiento es la Escuela Nacional Superior de Salvamento y Buceo emplazada a pocos metros del Servicio, en la extensión de un paisaje compuesto por contenedores, grúas y agua turbia.

Es, justamente, el agua turbia el medio esencial de intervención de los integrantes de este cuerpo. El servicio tiene tres objetivos operativos fundamentales que hacen a los agrupamientos internos. En primer lugar, el salvamento de personas y embarcaciones, para lo cual emplea personal entrenado en buceo y nado de rescate. En segundo lugar, acude frente a accidentes químicos que pongan en riesgo el ambiente marítimo. En tercer lugar, socorre en situaciones de incendios en embarcaciones o en puertos argentinos. Para las tres tareas utiliza como maniobra fundamental la navegación, contando para ello con buques propios de diferentes dimensiones, velocidades y utilidades. En algunos casos, también se traslada al lugar del incidente en helicóptero, autobomba o automóvil. La responsabilidad también implica, para esta unidad, dedicar una buena proporción del tiempo de trabajo a la capacitación y la investigación. Y cuando decimos investigación lo utilizamos en dos sentidos: en el primero, hacen instrucción de causas a pedidos del poder judicial (por ejemplo, el levantamiento de pruebas para determinar la causa de un hundimiento o la búsqueda de una perso-

⁷ Ley General de la Prefectura Naval Argentina N° 18398, sancionada el 10/10/1969 y publicada en el *Boletín Oficial* 8/10/1969, Buenos Aires.

⁸ Las prefecturas de zona son: Paraná Superior y Paraguay, Alto Paraná, Alto Uruguay, Bajo Paraná, Bajo Uruguay, Delta, Lacustre y del Comahue, Mar Argentino Norte, Mar Argentino Sur y Río de La Plata.

na desaparecida en el agua) y, en el segundo, hacen intervenciones para conocer las utilidades y resistencia de aparatos, trajes y técnicas de buceo y nado. Todo esto lo hacen, tal como me lo transmitieron, “a ciegas”. El agua, en la mayor parte del país, es oscura, densa y opaca. Esta es la pieza principal del entrenamiento articulado en la anulación de la visión y el uso de modos alternativos de orientación en todas sus prácticas de inmersión.

Laura es oficial de la Prefectura Naval Argentina porque hizo los tres años de formación en la Escuela de Oficiales ubicada en el hermoso predio de la ciudad de Zárate. Se recibió con honores por haber obtenido el mejor promedio de toda la promoción. En enero del 2011 ingresó a la Escuela Nacional Superior de Salvamento y Buceo por pedido e iniciativa propia. En la entrevista, revisando su pasado biográfico, rastrea la causa por la que eligió este destino y lo asocia a un compañero que trabajaba allí. El problema era, entonces, que ninguna oficial había ingresado a esta escuela. Es en esta instancia narrativa que la oficial resalta su meditada estrategia:

Laura: No se podía entrar, porque no había mujeres [oficiales], pero yo sabía que los mejores tres promedios de la escuela eligen el destino y se lo dan.

Sabrina: ¿Te dan el destino que vos elijas si estás entre esos mejores promedios?

Laura: Claro, entonces tenía que salir primera. Saliendo primera iba a ir donde yo quisiera, que era buceo. Y así fue. Quedé de abanderada y cuando llegó el momento pedí buceo. Cuando el jefe vio esa ficha me llamó, me preguntó si estaba segura, le dije que sí. Y me dieron el cupo para hacer el curso. Eso yo lo tenía claro desde hacía tiempo, tenía que tener todos 10 [de calificación en las materias].

El curso de salvamento y buceo es de duración anual y se destaca por la respuesta física que exige. Laura fue la primera oficial mujer en realizar este curso con la aspiración de formar parte de la especialidad. Antes de ella, algunas suboficiales y marineras lo hicieron para sumarse, luego, a la división donde llegaron a desempeñarse durante algunos años. La primera cohorte de mujeres de grados jerárquicos subalternos (suboficiales y marineras) llegó a la Escuela de Buceo en el año 2003, ocho años antes que las oficiales. Para esta diferencia no hay teorías nativas ni suposiciones que la expliquen. Contamos con un dato nada menor a la hora de pensar las dinámicas políticas y la implementación de cambios en las fuerzas. Este consiste en el hecho de que la oficialidad está a cargo, o aspira a estarlo, de la conducción de la institución. El ingreso de mujeres con grados subalternos no significaba el acceso de las mujeres a los roles de poder dentro del Servicio. En cambio, el ingreso de las oficiales sería también, por los procesos inerciales de la PNA, incluirlas a las dinámicas de toma de decisiones, a ser referentes de áreas y a dirigir a personal subalterno –personal compuesto por mujeres y, aquí parte del conflicto, varones.

Entre ese personal denominado, por las fuerzas de seguridad en general, subalterno, estaban las cinco buzos integradas al Servicio en el año 2003. Una de ellas es Patricia, quien ya no es parte de este cuerpo, pero mantiene fluidas relaciones con sus antiguos compañeros, entrañables recuerdos, la esperanza de volver a trabajar allí en algún mo-

mento y el cobro del diferencial por su especialidad en el recibo de sueldo.⁹ Muy a diferencia de Laura, Patricia no sabía de la existencia de este cuerpo. Apenas unos meses después de haber concluido el curso como Marinera, y ya realizando algunas tareas de seguridad en Puerto Madero, una compañera le avisó acerca de la llegada del “radio” promocionando la inscripción. Ella aceptó el desafío y rindió los exámenes para ser parte de Escuela de Buceo.

El primer mes del curso de buceo tiene como concepto central la “acuaticización”. Esta consiste en hacer ingresos reiterados durante el día a la cuba. La cuba, una especie de estrella del curso, es una variedad de pileta de cinco metros de profundidad y escasos dos de superficie. Está diseñada para hacer inmersiones profundas con ejercicios de descenso y ascenso en el agua. Laura y Patricia ingresaban varias veces al día allí, por orden de los instructores, todos varones. En algunas ocasiones esta inmersión se completaba con el recorrido de unos cuantos kilómetros, mojada y con la ropa húmeda, por la costanera norte de la Ciudad de Buenos Aires, camino al Aeroparque Jorge Newbery. Los meses siguientes incorporan la disciplina del estudio, con contenidos en matemáticas, física y química especialmente. No obstante, la insistencia en la centralidad del cuerpo es la marca más distintiva de quienes integran el servicio. El bienestar médico (evaluado mediante exámenes anuales), la fuerza muscular y la resistencia aeróbica son clave. Quienes no pasan satisfactoriamente las pruebas y estudios son reservados para tareas de apoyo quedando fuera de las maniobras específicas y de alto rendimiento.

Tienen entrenadores personales y profesionales de la salud para la consulta. Cuentan con un gimnasio que pueden utilizar a diario. Entre un edificio y otro se abre un páramo donde se luce, nada más y nada menos, la cancha de fútbol. Los momentos de distensión durante las guardias se comparten en ese sector demostrando las habilidades y picardías futbolísticas. Buena parte de las entrevistadas va, en su tiempo libre, al gimnasio o realiza deportes. Todo esto es, desde la mirada del personal, un combo necesario para responder satisfactoriamente a las exigencias profesionales. Para poder sumergirse en el agua, descender 40 metros, cargar tubos de oxígeno o nadar en aguas abiertas, entre otras actividades, deben estar en condiciones físicas óptimas. Y el cuidado del cuerpo excede los momentos puramente laborales. La idea del fracaso en esta división se asocia, para sus integrantes, con “no aguantar” las demandas corporales. Más adelante veremos las muchas otras cualidades y exigencias de este trabajo, pero eso no cambiará la relevancia que el cuerpo tiene en la definición de su profesión.

CUERPOS DE CAMBIO

Estar preparada siempre. Esta máxima orienta la práctica profesional de las mujeres del Servicio.

⁹ La titulación como buzo y/o nadadora de rescate son retribuidas económicamente con un 20% del salario. Cobran este monto extra, aunque ya no se desempeñen en el servicio.

Para estar acá —explica Laura— el mismo sistema te dice que vos tenés que laburar, laburar de par a par. O sea, cargar los botellones de oxígeno, los compresores, hacer fuerza para tirar los manguerotes. Cuando hay que sacar un fiambre, un cadáver, hacemos fuerza todos. Te conlleva mucha fuerza física. Si vos lo podés cumplir, mejor. Conmigo no han tenido grandes problemas porque yo siempre, como te decía, si no puedo me entreno, lo quiero hacer. Obviamente la mujer de por sí biológicamente, fisiológicamente es diferente, pero no significa que no pueda hacer el laburo. Nosotros, cuando es muy pesado, nos ponemos dos de cada lado y hay que hacer fuerza, y la hago.

El valor que construyó y alimenta día a día Laura, de la primera cohorte de oficiales, entre sus compañeros del servicio está asociado a la disposición constante —siempre lista— y la fortaleza física. “Tiene más aguante que cualquiera de nosotros, nunca te va a decir que no puede o que le duele algo”, decía uno de sus colegas en relación a su compañera. Laura impone la imagen de superioridad eludiendo la gramática, tan reiterada en las fuerzas de seguridad, del sacrificio (Garriga Zucal 2017). En las palabras de la prefecta no hay martirio, ni entrega, ni riesgo, ni victimización. Hizo el curso de buceo en dos ocasiones porque, durante la primera oportunidad, recibió un premio por el destacado resultado en la Escuela de Oficiales. El premio era el viaje escuela que la fragata ARA *Libertad* realiza anualmente. Ella, la abanderada, fue en representación de la Prefectura a una travesía de seis meses por América Latina que anualmente organiza y efectiviza la Armada Naval Argentina, una de las tres Fuerzas Armadas de nuestro país. Fue entonces que dejó el curso a mitad de camino y, sin dudarlo, en enero del año siguiente lo recomenzó desde el principio. “¿No estabas cansada?”, le pregunto intuyendo, por el ímpetu de Laura, algo de la respuesta. Pero aun así me sorprende: “estaba afiladísima”, recuerda. En ese entonces jugaba al vóley profesional en el club San Lorenzo de Almagro, esto le demandaba las tardecitas de entrenamiento técnico o gimnasio, más las mañanas de nado y buceo y los fines de semana de competencia. De gimnasio en gimnasio, y de deporte en deporte, no había lugar para el cansancio. Y si había que “sacar un fiambre”, Laura capitalizaba todas esas horas de entrenamiento afirmándose a babor o a estribor y tirar de las sogas como sus compañeros.

Es frecuente que los y las agentes de las fuerzas de seguridad asocien su paso por la formación básica como una etapa de entrenamiento físico constante. Lo rememoran como un tiempo en el que no caminaban, sino que “volaban”. Entre la celeridad en el cumplimiento de órdenes dadas por superiores y el sometimiento físico al que estaban expuestos (Badaró 2009; Sirimarcó 2009), los trotes y las corridas se vuelven constantes. A esto se sumaba la comida escasa —o controlada, dirán las autoridades de los institutos— para terminar de contribuir con la delgadez de cadetes y aspirantes. A diferencia de la mayoría de los policías que abandona el régimen alimentario y la actividad física constante al comenzar con largos y desordenados turnos de trabajo, pocas horas de sueño y una vida más sedentaria, los y las integrantes del Servicio continúan con el entrenamiento luego de egresar de la formación básica. Silvana, oficial dedicada al control de incendios en altamar, dice que en su preparación para entrar a la escuela de cadetes “era un carboncito”. Estaba delgada y bronceada por todas las actividades al

aire libre que hacía. Luego, ya en el Servicio, logró desarrollar mayor musculación con la ayuda de un entrenador personal y una dieta adecuada. Explica que, para usar los trajes, trasladar el equipamiento y hacer las intervenciones se necesita fuerza. Al hacer las actividades en equipo, esa fuerza se distribuye entre quienes integran el grupo de trabajo, pero es obligatorio poder colaborar.

Decía Patricia que el cuerpo cambia. Cuando piensa en volver a bucear repasa las tareas que debe hacer antes, como si tuviera una lista mental que revisa una y otra vez. Siempre el inicio es el cuerpo. Tendría que ponerse “a punto”, dice. Hacer dieta, bajar unos kilos, adquirir resistencia aeróbica. Esto le parece realizable y posible en el corto plazo porque conserva una lectura del cuerpo como una masa moldeable. La voluntad, para Patricia, orienta y modela al cuerpo y no al revés. Lejos de las miradas rígidas acerca de la corporalidad, dentro de esta división especial domina la flexibilidad. Por ejemplo, otro evento de importancia para las mujeres, son los embarazos. Lorena, oficial buzo, asegura que ninguna mujer se fue del servicio por no poder recuperar la fuerza y resistencia física luego de parir, “eso es lo más fácil” dice Lorena desafiante. Lo difícil es, para ellas, organizar la vida familiar, los tiempos y la responsabilidad para combinarlas con el trabajo. Desde esta perspectiva, físicamente “se vuelve fácil”.

Durante un almuerzo en el comedor del servicio de buceo escuché la idea, expresada por tres varones, de que ese destino, salvamento y buceo, no era un lugar “muy femenino”. Están en la suciedad durante horas, se sumergen en la oscuridad de las aguas más oscuras, caminan entre ratas en búsqueda de cadáveres y se abren paso entre los desechos para dar con sus objetivos. Ellas alientan a no caer en algo que llaman “feminismos mal entendidos”. Ni la delicadeza ni la debilidad forman parte, para Laura y sus compañeras, de las habilidades de las buzos. Consideran que es un trabajo muchas veces sucio y hasta repugnante. Al finalizar algunas de las búsquedas, en aguas estancadas, ríos contaminados o canales atestados de basura, se duchan con *gas oil* para sacarse la grasa del pelo. El olor que queda es una curiosa mezcla entre combustible y podredumbre, y este es otro de los embates a los que se somete el cuerpo del cual también “se vuelve”.

Estas dos direcciones de cambios y particularidades en las que ingresan los cuerpos de las agentes son de vital importancia para desempeñarse en esta división. Se trata, por un lado, de ser capaz de entrenar y expresarlo en la fortaleza y la resistencia y, por otro lado, de soportar la suciedad, aguantar el asco y someterse a los abrasivos sistemas de limpieza y desinfección. Identificamos una tercera dirección en la que las mujeres trabajan para integrarse, lo mejor posible, a esta especialidad caracterizada por el rendimiento en el agua: diluir las marcas que restringieron el acceso de las mujeres en edad reproductiva a los deportes en general. En este sentido, probablemente la menstruación es de las cuestiones más atendibles por las aspirantes a buzos, así como lo fue para las mujeres interesadas en el ejercicio de la actividad física en diversos momentos históricos o lugares del planeta. Un elemento capital para la habilitación de las mujeres a actividades deportivas, y en especial acuáticas, ha sido la invención del tampón industrial como apósito higiénico. Tal como reconstruye Eugenia Tarzibachi (2016), la

producción y el acceso a los tampones sucedieron en Argentina durante las décadas de 1960 y 1970 dando curso, así, a una forma de enmascaramiento de la menstruación. Ocultarla, devenir un cuerpo a-menstrual, es también la intención de las buzos de la PNA y algo vislumbrado durante esos largos días de verano con sucesivas inmersiones en la pileta que demanda la cursada y los descensos al río a los que obligan los llamados de socorro. “Para mis compañeros, yo no menstrúo”, dice Laura mientras se sonríe por la ironía que formula. Además de ocultar el sangrado, en estas situaciones, es fundamental evitar los dolores de espasmos uterinos, para los que las píldoras están al alcance de la mano. La tecnología física, el avance de la ciencia y la modernización de los discursos médicos alejan las posibilidades de vivir un “bochorno”, tener “un accidente” –tal como lo expresan las prefectas– o sentirse avergonzadas por dejar en evidencia la condición menstrual.

EL CUERPO COMO INGRESO Y EXCLUSIÓN

El Servicio de Salvamento, Incendio y Protección Ambiental cuenta con diferentes embarcaciones para cumplimentar su tarea. El *Tango* y el *Tonina* son los dos guardacostas capaces de realizar viajes de investigación, de entrenamiento y maniobras de salvamento a otras embarcaciones, generalmente naves deportivas, recreativas o pesqueros. Otra nave muy particular con la que cuentan es la *Grúa*. Se trata de un buque cuyo objetivo es “desenterrar” del agua embarcaciones hundidas. Cada uno de estos buques tiene su propia tripulación con destino allí. La dotación de personal vive en las embarcaciones mientras están navegando, una vez que amarran en puerto tienen sus francos correspondientes y se alternan días de descanso con actividades en el buque. Durante el trabajo de campo conocí el guardacostas *Tango* y compartí algunos momentos de debate entre la tripulación animados por mi presencia. Esos debates, de los que tomé especial registro, giraban en torno a la cuestión de la inclusión de mujeres. Nótese las dimensiones de una discusión como esta en una tripulación formada, en su totalidad, por varones.

Durante un almuerzo hubo acalorados intercambios acerca de las labores que significaban desafíos especiales para las mujeres. Algunos de los oficiales y suboficiales con los que pasé el momento sostenían que la orientación Máquinas era la que más dificultades podrían traerles. Comentaban que casi no había maquinistas mujeres y que esto se debía al gran empleo de fuerza que requiere ese rol. Los maquinistas permanecen en la sala de motores del barco, controlando el correcto funcionamiento mecánico de la embarcación y sus utilidades (allí se encuentran también los controles para los filtros de agua o las reservas para la calefacción).

“Las válvulas son muy pesadas”, “las llaves requieren mucha fuerza”, “es un trabajo muy sucio” o “hay que saber de mecánica” eran algunas de las razones que esgrimían por las que las mujeres no optaban, y no las seleccionan, para este trayecto. Después de la sobremesa se decidieron a hacerme una visita guiada por algunos de los lugares del

barco que no conocía. En un momento, el momentáneo guía dijo: “bueno, y ahora nos queda la sala de máquinas, pero eso que te lo explique el maquinista”. Algunas voces, aprovechando los ruidos y las conversaciones simultáneas, iniciaron los chistes “que te expliquen los fisicoculturistas”, “ahora vas a ver a los forzudos”, “son puro músculo ahí abajo”. Todos los chistes se concentraron en esas razones iniciales que descalificaban a las mujeres para la tarea en la sala de máquinas por su supuesta debilidad física.

El fisicoculturismo es una actividad basada en ejercicios físicos intensos, generalmente anaeróbicos, consistentes en el entrenamiento con pesas en el gimnasio mediante diversos tipos de ejercicios de fuerza e hipertrofia. El objetivo de este culturismo es la obtención de una musculatura fuerte y definida, y la mayor simetría posible que se exhibe mediante poses y figuras. En una entrevista a un medio de prensa, Francisco Ozores, campeón de fisicoculturismo del Mercosur decía que “se calcula que la preparación [para competir] demanda cuatro meses, pero el fisicoculturismo no es un deporte de un momento; es un estilo de vida” (Fernández 2016).

La humorada de los prefectos apuntaba a una especie de sobrecarga o exageración de la fuerza física requerida para la tarea. Si la exigencia era “ser fisicoculturista”, resultaba claro que pocas mujeres alcanzarían esa meta, pero, a decir verdad, tampoco sería fácil para los varones. Al bajar a la sala de máquinas encontré una importante cantidad de indicaciones escritas acerca de la circulación, medidas de seguridad y alertas. Unas grandes manivelas estaban en el centro de la sala y supuse que esas eran las que requerían de fuerza física y músculos. Cuando pregunté, me dijeron que efectivamente eran esas, pero se regulaban con un botón ubicado en un tablero al costado de la sala. Y al lado de ese botón había otro (para maniobrar una correa), y otro más (para maniobrar con otro motor). Botones. El argumento acerca de la necesidad del cultivo de la fuerza bruta como medular para la tarea de los maquinistas se desvanecía gracias al avance de la ciencia aplicada a las herramientas y naves. Un avance de la ciencia que había, inteligentemente, reemplazado las pesadas manijas y abrazaderas por botones. No obstante, mientras en la práctica la tarea va cambiando, los discursos de exclusión de las mujeres se mantienen. Y aunque señalan el aspecto, habilidades y cualidades del cuerpo, el tablero atiborrado de botones demuestra que hay otras razones por las que las mujeres han quedado, por el momento, excluidas de esta orientación.

Si seguimos la humorada del fisicoculturismo, podemos dar con otros paralelismos más efectivos que la hipertrofia muscular. Tres dimensiones de la vida cotidiana de los fisicoculturistas que estudia Alejandro Rodríguez, alimentación, sexualidad y vida social, son reorganizadas alrededor de la práctica de entrenamiento (Rodríguez 2010). La forma en que los entrenados se relacionan, a partir de su conversión a la vida gimnástica, con la comida, las prácticas sexuales y las relaciones sociales cambia rotundamente. La vida en el barco requiere de los prefectos cambios en estas mismas tres dimensiones, respecto a lo vivido en tierra firme. Pasan a habitar la embarcación. Las relaciones sexuales se restringen a casi anularse y la abstinencia es parte de las conversaciones entre la tripulación. En algunos momentos de las entrevistas, los agentes sugirieron que la exclusión de las mujeres se vincula al mantenimiento de esta absti-

nencia sexual generalizada. Mantener una dotación de personal masculina contribuye, desde la lectura de los prefectos, a sostener la regla de control sexual. Por el lado de la alimentación, el barco cuenta con dos cocineros que no solo preparan la comida durante las travesías, sino que revisan y detallan todas las provisiones antes de zarpar del puerto. Calculan la comida para la cantidad total de días en altamar, y luego le suman una reserva de aproximadamente diez días más por si surge algún accidente, retraso o eventualidad. Los alimentos son seleccionados de acuerdo al valor calórico, la facilidad para conservarlos y los efectos de su digestión. Tengamos en cuenta que por momentos las embarcaciones pueden moverse a causa del oleaje y el viento causando descomposuras en los tripulantes.

Las manzanas son buenas para no descomponerse y se mantienen bien en la heladera. Las naranjas están bien porque son hidratantes, pero no se conservan tanto, por eso son las primeras que comemos. Las milanesas son ricas, duran un montón y se guardan fácil en el *freezer*. Además, si hay mucho movimiento es algo fácil de comer, no se vuelca. Cargamos siempre un montón de milanesas. Agua no puede faltar. Tenemos acá arriba y están los dos tanques abajo. Llevamos harina y huevos para preparar alguna torta o algo así para los días de lluvia, que no se puede hacer mucho, como para hacer algo.

Esta era la explicación de unos de los cocineros, que además agrega las particularidades de cada viaje. Cuando el barco se mueve constantemente, los alimentos sobran. Le recomienda al personal un cuidado mayor con las ingestas y reducción en las cantidades. Si el movimiento es grande ni siquiera se puede cocinar y apenas se puede deambular por el buque. En esos casos lo mejor, para evitar accidentes, es quedarse en el camarote.

Finalmente, la vida social y las comunicaciones se modifican extremadamente durante las misiones. En altamar no tienen señal los teléfonos celulares y la comunicación con familiares y amigos, lógicamente, se interrumpe. El barco cuenta con un teléfono satelital de uso para emergencias y acceso a internet a través de una computadora que, al ser tan costoso económicamente, también se utiliza solo para emergencias operativas (como, por ejemplo, noticias climatológicas). Los prefectos cuentan con sus teléfonos activos únicamente en los puertos intermedios donde amarran. Todos los presentes en el almuerzo coinciden en que esta es la parte más difícil del trabajo y la tarea de los oficiales a bordo es alentar y contener a las personas que extrañen su vida social. Aun así, la renuncia a una vida social más activa o estable vale la pena en función del trabajo del cual están satisfechos y orgullosos.

Para finalizar este apartado quisiera remarcar el particular efecto de la concepción de los cuerpos de mujeres y varones. Por un lado, los prefectos evaluaban la aptitud física de algunas de sus compañeras del Servicio como superior a la de algunos colegas varones. “Con López nunca vas a tener ningún problema, se pone a hacer las cosas a la par de cualquiera”, decía un oficial del *Tango*. Así, el entrenamiento del cuerpo ponía a las mujeres en igualdad de condiciones para integrarse a las tareas de la PNA. Por otro lado, a la hora de pensar la llegada de mujeres a uno de los sectores donde todavía

persiste la homosociabilidad masculina, manifestaban una diferencia insalvable entre las mujeres y los, fantaseados, “fiscoculturistas”. El cuerpo, motor de integración y cambio en algunas instancias, es también la explicación de abstención del ingreso de mujeres.

CONCLUSIONES

Un dato de color es que, en los hechos, López, abanderada de la escuela de oficiales, premiada con el viaje en la fragata escuela *Libertad*, integrante del equipo de atletismo y reconocida jugadora de vóley, había demostrado el mayor rendimiento de toda su promoción. López no se ponía “a la par de cualquiera”. López no rendía como cualquiera de sus compañeros varones. López siempre rindió más. Y nos encontramos aquí con la primera cuestión que hace a la corporalidad en los procesos de ingreso en las divisiones especiales de las policías. Si el físico es el motor de integración y profesionalización de agentes de estas divisiones, la exigencia para las mujeres es visiblemente mayor. La novedad es que el desarrollo físico, asociado al deporte de alto rendimiento, la explosión de la moda del *fitness* y del *running*, es un área cada vez más visitada por las mujeres. En los procesos de integración de mujeres a las armas regulares de las sociedades modernas hubo siempre mujeres que pusieron su cuerpo en sentido ideal, metafórico, subjetivo y –contundentemente– material. Este artículo ofrece experiencias de algunas de ellas encarnando una profesión exigente donde la supuesta igualdad de género no llegó sino en compañía del hiper-rendimiento físico.

El Servicio de Salvamento, Incendio y Protección ambiental se destaca por la alta respuesta somática de sus integrantes, mujeres y varones. El entrenamiento, el cuidado en la alimentación y los controles médicos son constantes para el desempeño regular. Aun en ese escenario, las mujeres se caracterizan por la sobre-respuesta física basada en el entrenamiento y la disciplina activa. Esta igualdad imaginada (basada en una categórica diferencia) les ha permitido a ellas integrarse al servicio con expectativas de ascender y crecer profesionalmente. El amor por el deporte y la fascinación por entrenarse no se recrea necesariamente en función del acceso, integración o ascenso en la Prefectura Naval Argentina. La mayor parte de los casos revisados se asocia al interés personal, la adscripción a una moda, la ramificación de trayectorias laborales y educativas o la sociabilidad. No es menor, sin embargo, que estos gustos, placeres e identificaciones sociales contribuyeron al ingreso de estas mujeres a un cuerpo de élite de la Prefectura Naval Argentina y algunas de ellas a las posiciones para acceder a espacios de poder.

Las incursiones de las mujeres en el ámbito deportivo y gimnástico, impulsadas en todo el siglo xx (Vázquez 2002), fueron necesariamente acompañadas por la tecnología en el desarrollo de dispositivos de enmascaramiento de la menstruación y los espasmos uterinos, el perfeccionamiento de complementos dietarios y los saberes profesionales. Todas estas opciones son implementadas por las buceadoras y nadadoras de la PNA.

Dijimos al inicio de este artículo que la identidad de la Prefectura está fuertemente asociada a la navegación, los mares y ríos y sus embarcaciones para recorrerlos. De los sectores con los que cuenta el servicio especial, los barcos continúan siendo un espacio de protección de las tradiciones, entre las que la resistencia a la llegada de mujeres está a la orden del día. Casi como un contrasentido a toda la valoración inicial de las buceadoras y nadadoras que trabajan “codo a codo” con los varones y que “no aflojan”, a la hora de explicar la ausencia de ellas en los barcos algunos prefectos aducían la suciedad del trabajo o la demanda de fuerza física de esta tarea puntual. Otros colegas, en cambio, revelaban cierta exageración del argumento utilizando el chiste de los agentes en tanto fisicoculturistas. Y mostraban así la orientación hacia una imagen de varones que no se corresponde con la práctica.

Esta diferencia de opiniones, sutiles, da cuenta de cierto dinamismo en las percepciones acerca del ingreso de mujeres que puede deberse a un clima de cambio cultural o, como ellos mismos lo definían, a un cambio generacional. Para los y las integrantes de este servicio, haber compartido el ingreso a la PNA con mujeres o solo con varones (anteriormente al año 2000) abre dos formas distintas de procesar la convivencia. De esta forma, el modo de comprender la actividad profesional misma y los sentidos de género producen generaciones diferentes dentro de la institución. Una de ellas con una mirada flexible hacia las cuestiones de género, considera que no hay desigualdades entre varones y mujeres y que el cumplimiento de responsabilidades propias del oficio nada tiene que ver con la expresión de género. La otra, con una concepción más conservadora, se inclina por pensar que hay lugares, roles o tareas imposibles de ser realizadas o habitadas por mujeres y que, incluso cuando se muestran tolerantes a la inclusión de mujeres, esta debe ser controlada y administrada con celo sin esperar de ello una completa integración.

De las tres embarcaciones con las que cuenta el servicio, dos tienen tripulaciones formadas únicamente por varones. Una de ellas, el *Tonina*, tiene a una mujer como primera oficial. Ese cargo se ubica, en la línea jerárquica, inmediatamente después del capitán del barco. En las conversaciones, y casi como una revelación incómoda, surgió que parte de la preocupación por la composición de género mixta es el control sexual. Gracias a la figura de los fisicoculturistas revisamos, en este artículo, los comportamientos de control durante las misiones en altamar: la alimentación, la sexualidad y la vida social. Para buena parte de los agentes de Prefectura la integración completa de las mujeres obligaría a redefinir las estrategias para cumplir con estas normas de ascetismo. Para las mujeres, en cambio, esto no es una preocupación en la medida en que aprendieron a “hacerse respetar”. Esta es una cuestión abierta e interesante para seguir explorando con observaciones y entrevistas durante las travesías.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arteaga Botello, Nelson. 2000. “El trabajo de las mujeres policías”. *El Cotidiano. Revista de la Realidad Mexicana Actual* 6, n° 101: 74-83.

- Badaró, Máximo. 2009. *Militares o ciudadanos. La formación de los oficiales del Ejército Argentino*. Buenos Aires: Prometeo.
- Calandrón, Sabrina. 2010. "Amor y autoridad: ejercicios legítimos del poder de las policías mujeres en su trabajo". *Revista del Museo de Antropología* 5, n° 1: 89-100.
- Equipo Latinoamericano de Justicia y Género-ELA. 2009. *Informe sobre género y derechos humanos en Argentina (2005-2008)*. Buenos Aires: Biblos.
- Fernández, Maximiliano. 2016. "Fisicoculturismo en la mira: ¿estilo de vida o peligrosa obsesión?". *Infobae*, 8 de octubre de 2016. <https://www.infobae.com/salud/fitness/2016/10/08/fisicoculturismo-en-la-mira-estilo-de-vida-o-peligrosa-obsesion/> (15.03.2019).
- Galeano, Diego y Sabrina Calandrón. 2013. "La Brigada Femenina. Incorporación de mujeres a la Policía de la Provincia de Buenos Aires (1947-1955)". En *El delito y el orden en perspectiva histórica*, editado por Osvaldo Barreneche y Ricardo Salvatore, 167-186. Rosario: Prohistoria.
- Garriga Zucal, José, comp. 2017, *Sobre el sacrificio, el heroísmo y la violencia. Aportes para comprender las lógicas de acción en las fuerzas de seguridad*. Buenos Aires: Octubre.
- Mannheim, Karl. 1952. "The Problem of Generations". En *Essays on the Sociology of Knowledge*, editado por Paul Kecskemeti, 276-320. London: Routledge/Kegan Paul.
- Mead, Margaret. 2006. *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas*. Barcelona: Paidós.
- Musumeci Soares, Barbara y Leonarda Musumeci. 2005. *Mulheres Policiais: presença feminina na Polícia Militar do Rio de Janeiro*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Rodríguez, Alejandro. 2010. "Callate y entrena. Sin dolor no hay ganancia: Corporalidad y prácticas ascéticas entre fisicoculturistas amateurs". *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad* 2, n° 3: 51-60.
- Sirimarco, Mariana. 2009. *De civil a policía. Una etnografía del proceso de incorporación a la institución policial*. Buenos Aires: Teseo.
- Tarziachi, Eugenia. 2016. "Deporte y recreación durante la menstruación. Historia de una habilitación a partir de la difusión de las toallas y los tampones industriales en Argentina, 1930-1980". En *Mujeres en movimiento: deporte, cultura física y feminidades. Argentina, 1870-1980*, coordinado por Pablo Scharagrodsky, 85-108. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Turner, Victor. 1999. *La selva de los símbolos*. Madrid: Siglo XXI.
- Vázquez, Benilde. 2002. "La mujer en ámbitos competitivos: el ámbito deportivo". *Revista de Altas Capacidades* 9: 56-69.

Recepción: 08.05.2019

Aprobación: 05.08.2019